

LA ABUELITA

Hoy se murió la abuelita. La queríamos tanto. Claro que ya estaba viejita. La llamábamos monumento nacional. Sí, sí, el gobierno estuvo a punto de darnos un subsidio. Nos dimos cuenta que no era conveniente. Pues cada vez -- que hubiéramos querido limpiarla o cambiarle el vestido, tendríamos que llenar un formulario con cinco copias que necesitarían treinta y tres firmas, -- siete sellos y cuarenta vistos buenos. Mejor tener un monumento sin notificarlo a las autoridades. Sobre todo, si ese monumento anda por todos lados tratando de ayudar.

Pobre abuelita, varias veces le pedimos que se fuera a su cuarto. Allí íbamos después con mi hermano a jugar fútbol, la de veces que escapó a un gol de esquina que le hubiera costado tres dientes, a un tiro de esquina que cayó en su regazo y un gol de cabeza que se perdió en medio de sus pies. Esa última vez, la pobre pensó en antiguas tentaciones, la pobre no sabía que para ella las tentaciones se reducían a estampitas de oratorio o cuadros apocalípticos de iglesias viejas.

Hoy que la vemos tendida en su cama del siglo pasado, no sabemos si es una ciruela pasa o el simple resultado de una momificación que empezó años atrás cuando le dio por andar con bolitas de naftalina en los bolsillos porque las cucarachas se la querían comer. Pobre la abuelita, no sabe que a las cucarachas no les gusta el cartón viejo. No se enteró porque al final de su vida sólo el olfato le quedaba bastante intacto. Para hacernos oír teníamos que pasar por siete años, venas del cuello a punto de reventarse y limpiarle la cera calcárea del caracol con una lima de uñas.

20 Todavía nos acordamos la de veces que le movíamos los labios sin pronunciar palabra y la pobre que nos decía llena de pena que nos acordaríamos que hacía rato había oído la última retreta del parque, que hoy sólo oía un tamborileo en los oídos y que según su abuela (es decir, alguna momia azteca) ese ruido lo producía el diablo cuando se acercaba a las personas temerosas de -- Dios. Pobre la abuelita que en las tardes se sentaba junto a la ventana del patio a cantar bajito, creemos que para no hundirse en la sordera absoluta, pero nosotros le decíamos al vecindario que cantaba la internacional, si nos -- oye, se santigua tres veces, bebe medio vasito de agua de San Ignacio (con -- cinco gotitas de vino San Rafael, hasta alcohólica era la abuela) y en la noche rezaría el rosario completo, los quince misterios.

Cuando más niño y la abuela menos momia, nos divertíamos en esos rosarios y la de cosas que aprendimos mi hermano y yo. Por ejemplo, que había un agujero de hormigas candelillas (pican duro) en la esquina y que conocían los gustos de la abuela, pues, mientras tenía sus devociones no se aparecían ninguna hormiga sobre la mesa plagada de santos y flores, pero en cuanto se iba la abuelita venían a llevarse cuanta mariposita, comején volador y otros bichos que morían al acercarse a una velita perenne en frente del Corazón de Jesús. Todavía nos acordamos aquella vez que la abuela casi se muere del susto porque le pintamos unos bigotes a lo Salvador Dalí al Corazón de Jesús, le pegamos un tenedor junto al dedito de la mano derecha levantada y le pintamos los siete candelabros judíos en la base del manto.

Pobre la abuela, no tenía mucho sentido del humor, se pasaba todo el -- tiempo hablando de la confabulación masónica y que los judíos andaban metidos en todo en contra de la verdad revelada, fue el tiempo que la comenzamos a -- llamar Confa, ella pensó que era algo maravilloso ese apodo, pues un día nos sorprendió diciéndole eso y le dijimos que habíamos oído que una nueva socie-

dad la estaba proponiendo como presidenta por sus grandes dotes cristianas y toda una historia intachable de lucha contra el ateísmo, la pobre creyó de verdad que esa asociación existía en realidad y que tenía el pomposo nombre de Comisión Orgánica Nacional de la Familia Americana. Mi hermano y yo casi nos matamos de risa el día que la abuela dijo que eran muy loables y propios del Señor Nuestro Dios el promover en las personas ese interés por el prójimo, pero que no sabía por qué le habían puesto ese nombre a la asociación -- cuando podía prestarse a pésimas interpretaciones. Al principio no entendíamos, pero un día nos dimos cuenta que había confundido comisión por camison, supongo que la abuela habrá pensado en toda una asamblea de viejas con sus camisones luchando por los bienes de la patria. Pobre la abuela ya no oía -- cuando murió. Quizá la muerte le llegó en silencio, al silencio ella lo entendía muy bien.

Un día la encontramos llorando y limpiándose los mocos con un pañuelo de seda azul, cuando le preguntamos por sus lágrimas nos dijo que veía de nuevo a su difunto esposo, el abuelo, bailando en la mitad de la sala, medio borracho y guiñándole el ojo a unas jovencitas que podían ser sus nietas, -- fue el último baile y los últimos tragos porque después el abuelo pasó varios años mustios con una dolencia renal que le quitó el gusto hasta por la pipa. Pobre la abuela, aún de viejita seguía llorando por el abuelo.

El día de su muerte se reunió en la casa un gentío enorme, fue aburrido porque nos pasamos la noche entera repartiendo café, aunque de vez en cuando nos fuimos al lugar donde estaba un grupo de hombres que jugaban baraja. Pobre la abuela, se murió de tantos años que ya ella había llorado a todas -- sus amigas de infancia, si hasta había llorado a doña Petronila, su ahijada, una muchacha que fue bautizada de grande, todavía nos acordamos de la abuela diciendo que la madrina debía cargar a la ahijada, ya estaba vieja la abuela y Petronila tenía hasta novio. Pobre la abuela que había llorado a su última ahijada, nunca supimos de qué murió Petronila ni dónde la enterraron. Sólo -- supimos que el marido le había escrito a su mamá que agarraba mujer nueva porque la vieja estaba cinco metros bajo tierra. A la abuela le hubiera gustado que Petronila la hubiera llorado hoy, aunque las lágrimas sean porque ella es tá muerta.

Creo que sólo mi hermano y yo la lloramos de verdad. Era la última abuelita que teníamos viva. Todos nuestros juegos estaban ligados a ella, ahora ya no podríamos jugar porque la abuelita se había muerto. ¿Por qué se murió -- la abuelita? Si no estaba tan vieja y nosotros todavía somos niños.

Eduardo Valdés

